

las vides: habiendo cesado esta prohibición en la dinastía *mandchú*, cultivábase la vid, pero no se hace uso de otro vino que del *sanchow*, ó vino de arroz. Estráese del arroz, lo mismo que del sorgho, un aguardiente tan espirituoso y realzado como el nuestro, licor que produce una terrible borrachera. El

abuso que de él hicieron nuestros soldados en la campaña de China, trajo al ejército muchas bajas por la disentería.

En los *Tes* se venden licores alcohólicos; pero el gran despacho se hace mas bien en los *restaurants* y en las posadas.



Túnica de princesa imperial.

No hablaremos de las producciones del té ni de la vasta industria que alimenta: esta materia pertenece propiamente á la China Meridional. Digamos solo que el consumo del té no es menos comun en el Norte, que en el Sur. En cuanto se entra en una casa, vienen á ofrecer el té en muestra de hospitalidad. Y lo

sirven con toda profusion: así que la taza queda vacía, vuelve á llenarla un silencioso criado y hasta que se ha tragado uno muchas tazas, no le es permitido esponer el objeto de su visita. Las casas de té son tan numerosas aquí como los cafés y tabernas en Francia: la elegancia del mueblaje y el subido

precio del artículo son los caracteres de distinción. El rico comerciante y el desocupado, por evitar encontrarse con el menestral de manos negras y el rudo campesino, solo concurren á los tés consagrados por el gran tono. Conócense estos establecimientos por el laboratorio que ocupa el fondo de las salas, guarnecido de ollas de hierro, de macizas teteras, de hornillas y estufas que mantienen el agua hirviendo en monstruosas calderas de la altura de un hombre. Un

reló singular preside este aparato, y se compone de una gruesa caña de incienso moldeado marcado, á iguales distancias por los números de las horas, á fin de que el progreso de la combustión las vaya oportunamente marcando. Así es como los chinos pueden servirse literalmente de la espresion *consumir el tiempo*. Por mañana y tarde las salas del té están llenas de parroquianos, los cuales, por dos sapeques, precio de entrada, concurren á hablar de negocios, á jugar, á



Salon de una casa china en Pekin.

fumar, á oír la música, y á presenciar las farsas de los saltimbanquis ó las habilidades de los juglares y atletas. Estos dos sapeques dan todavía derecho á un consumo de diez tazas de té, pequeñas ciertamente, pero al fin diez tazas, que numerosos mozos sirven yendo y viniendo en todas direcciones en platos provistos de pasteles y frutas secas.

«Un día, nos escribe M. X. oficial del 101 de línea, quisimos comer á la chinesca en un *restaurant* del país: el precio de antemano convenido por mediación de nuestros *coolies*, era de dos piastras por persona, lo que constituía una considerable suma, en atención á la baratura de los comestibles. Como preparación de la comida nos fue preciso pasar por un dédalo de callejuelas, formadas por chiribitiles ó casuchos donde se albergan, infestando el aire con sus

exhalaciones, innumerables, hambrientos y haraposos mendigos. En la encrucijada donde está situado el *restaurant*, tropezamos con montones de inmundicia donde habia en putrefacción, desde restos de legumbres, hasta perros y gatos muertos. Menester era tener un estómago de piedra para sentir aun apetito, despues de haber atravesado por tan asqueroso sitio. A la puerta del establecimiento estaban sentados y entretenidos, bebedores de té y jugadores de dados; que, al parecer, habian perdido el olfato; pues no se cuidaban de semejante pestilencia. Nosotros tambien tuvimos el valor de hacer lo mismo, y pasamos al *restaurant*, despues de haber admirado las dos linternas que decoran la entrada y el gran rótulo que lo anuncia en estos términos:

«A las tres virtudes por escelencia.»



Con esto ya esperamos que la probidad del hostelero sería una de las tres anunciadas virtudes, y que nos daría algo de ella por nuestro dinero.

Nuestra entrada en la sala principal escitó cierta emoción, pues por muy acostumbrados que los chinos estén á nuestra presencia, siempre les causamos ese efecto, curiosidad y temor, principalmente en estos barrios, adonde se nos ve muy raras veces. Se nos tenían preparadas dos mesas cuadradas, circuidas de bancos de madera; sobre los cuales colocaron por una graciosa y honorífica escepcion unos cogines rellenos de crin. Mozos solícitos vinieron luego cerca de nosotros con teteras de rojizo barro y tazas de metal blanco. Aquí no están en moda las cucharas: échase el agua caliente sobre una porcion de hojas de té, puesto ya en cada taza, y hay luego que sorber la infusión por un agujerito hecho en la tapadera para este uso. Despues de haber tomado el té como tales chinos, pedimos el primer servicio, que se componia de una multitud de pasteles de grasa y azúcar, todo lo malo que pudieron hacerlos; frutas secas y una especie de salazon en que entraban intestinos, hígados de pescado y otras menudencias por el estilo, todo adobado con vinagre; y despues cangrejos de tierra, que no son otra cosa que grandes langostas cocidos en agua-sal: este manjar, muy comun en todos los países cálidos, no es del todo malo. Nosotros, sin embargo, no hicimos grande honor al primer servicio, que fue prontamente reemplazado por el segundo. Los mozos pusieron, pues, sobre la mesa unos platos, ó mas bien unas salvillas, que contenian arroz aderezado de varias maneras con pedacitos de carne elevado en un conjunto de forma piramidal. Unos pabillos acompañaban estos suculentos platos. ¿De qué modo servirnos de tales trinchantes? Menester es ser completamente chinos para poder comer con dos pabillos de madera: el uno debe tenerse fijo entre el pulgar y el anular, mientras que ha de manejarse el otro con el índice y el cordial. Los indígenas llevan la salvilla á la boca, y empujan el arroz con los pabillos, y ni aun esto que es lo mas fácil, podíamos hacer nosotros, tanto menos, cuanto que la risa nos impedía hacer un formal ensayo. Tampoco queríamos faltar á nuestra dignidad de hombres cultos comiendo con las manos como los salvajes. Por fortuna uno de mis compañeros, mas advertido que nosotros, traía consigo un neceser de campaña en que habia una cuchara, un tenedor y un cuchillo, y ya con estos instrumentos salimos del compromiso acometiendo con armas á propósito nuestro respectivo castillo de arroz, aunque con cierta desconfianza que muy pronto paralizó el ataque.

Sirviéronnos despues de este otros manjares menos misteriosos y en cantidad suficiente para satisfacer cincuenta personas: pollos, patos, carnero, tocino, lie-

bre, pescado, legumbres... Trajeron á la vez vino blanco de uva y de arroz en tazas microscópicas de porcelana pintada: ninguna de estas bebidas, incluso el té, se usa azucarada; pero en cambio se sirven hirvientes. La comida terminó con una sopa que no era mas que un guiso con mucha y espesísima salsa.

Mas hartos que satisfechos, hubiéramos deseado unos manjares mas chinos, tales como nidos de golondrinas, ó una fritada de raíces de *ging-seng*. Pero, segun se nos dijo, es preciso encargar estos tan esquisitos bocados con muchos dias de anticipacion y pagarlos á peso de oro. Encendimos, en fin, nuestros cigarros, probando solamente la *taffia*, especie de aguardiente de azúcar, que comienza á generalizarse en los *restaurants* de la China.

El dia declinaba ya sensiblemente, y lassalas casi desiertas antes, iban llenándose de parroquianos, que despues de habernos espiado furtivamente se entregaron sin desconfianza á sus ocupaciones habituales. Ciertos jóvenes vestidos y acicalados como hembras circulaban en torno de nuestras mesas; los mozos anunciaban en alta voz el nombre y precio de los artículos de consumo, repitiendo la pomposa declamacion un portero colocado cerca del contador donde se sienta el dueño del establecimiento. Los comerciantes juegan á la *morra*... uno anuncia las cifras desde uno á diez con sus dedos; los otros deben adivinar en sus ojos y alzar al mismo tiempo que él el mismo número de dedos: el perdidoso debe una taza de vino de arroz.

Entre tanto la sala se carga de una atmósfera nauseabunda en que predomina el humo de opio: es la hora de la embriaguez. Los fumadores, de tez amarilla y ojos hundidos, se retiran misteriosamente á unos aposentos privados que hay en el fondo de la sala. Allí se acuestan en lechos de estera, apoyando la frente en un duro cabezal de crin; pero las cortinas que corren en la entrada no impiden entrever, ni menos oír las orgías que tienen lugar dentro. Nos fue preciso alejarnos de aquel sitio: aun para los soldados viejos, curtidos por el rigor de todos los climas, hay en China cosas que hacen subir el rubor á su rostro y la amargura á sus labios.»

En la relacion siguiente que debemos á Mr. Trèves, podrá compararse con las groseras costumbres del *restaurant* público el ceremonial, la etiqueta y esmero de una comida de tono dada por un gran personaje.

«La China es el país de las apariencias; apariencias de virtud, apariencias de probidad. Tambien es el país donde las formas y conveniencias políticas son mas estremadas. Desde que estamos en Pekin, desde que probamos nuestra superioridad en la última guerra, la diplomacia europea es tratada con el mayor y mas cortés miramiento por los agentes del gobierno chino. Las entrevistas tienen lugar en el palacio de

Negocios Estranjeros; el príncipe Khud por deferencia paga las visitas que le hacen los europeos; pero no recibe á nadie. Hay actualmente aquí embajadores coreanos que son tratados con menos deferencia que nosotros hace algunos años: los desdichados esperan hace seis meses con sus presentes y tributos á que el representante del emperador se digne recibirlos y... aun seguirán esperando mucho tiempo. Háseles alojado en un *fu* en ruínas no lejos de la legacion francesa: todas las mañanas paseándome á caballo, los veo delante de su puerta haciendo cambios de mercancías con los buhoneros del barrio, á fin de subvenir á los gastos de su embajada indefinidamente prolongada. Visten un traje muy original, enteramente blanco, con una especie de gorro compuesto de una armazon de alambre. He procurado comprarles uno de estos gorros para mi coleccion, pero es imposible conseguirlo: dicese que el oficial de éstos que volviese á su país sin esta insignia de su categoría, seria degradado y condenado despues á abrirse el vientre. No hay que decir con esto que yo desistí luego de mi empeño.

Hé aquí la etiqueta que uso con los mandarines de negocios estranjeros. Cuando voy á hacer una visita, para no sorprender al que voy á ver, me hago preceder de un criado que lleva mi tarjeta: hágolo así para ganar tiempo, pues debería enviarla dos horas antes y esperar que se me enviara otra. Estas tarjetas chinescas, ordinariamente de papel rojo (ahora son grises por el luto imperial) llevan en el centro y en gruesos caracteres el nombre del mandarín, á los lados el de la persona á quien se dirigen y en la parte inferior algunos detalles sobre los negocios corrientes ó sobre la invitacion que se hace; y finalmente la fórmula del saludo que es ésta: *Bajo la cabeza ante vos*. Mi nombre chino de ceremonia es *Tu-ta-loiae*, que quiere decir, *hombre considerable*, ó literalmente *Tu*, anciano respetable. *Tu* es todo lo que resta del apellido Trèves, porque es de toda etiqueta no pronunciar mas que la primera sílaba del nombre.

Cuando todos estos preliminares están terminados, me hago conducir en silla de manos hasta el pie de la escalera que conduce al salón de los huéspedes: el dueño de la casa me recibe allí poniéndose á mi derecha, despues pasa á mi izquierda, rogándome que lo preceda. En el salón comienza una serie interminable de zalemas y cortesías, que yo tengo la costumbre de abreviar, sin cuidarme de lo que puedan pensar de mi chinesca urbanidad. Cuando dos personajes chinos se visitan, entonces hay cumplimientos para no acabar nunca: desde que se encuentran comienzan á saludarse con reverencias profundas, dándose á la vez las manos; luego se disputan el lado de menos preferencia, queriendo ambos cederse el honorífico que es el del Norte; despues se disputan el asiento

mas humilde, ante el cual se inclinan antes de ocuparlo; y disputan otra vez cuando se sirve el té indefectible, sobre quién debe beber el último. Beben, en fin, y entre tanto hablan de cosas indiferentes, hasta el momento de partir que el forastero espone el objeto de su visita. A la despedida vuelven á empezar; si es que acabaron, los cumplimientos. Y todo este enojoso ceremonial está prescrito y consagrado, no ya por las costumbres, sino tambien por libros que tratan á fondo la materia: para nosotros los europeos que vamos directamente al asunto, es un engorro insufrible.

«Los mandarines no son tan ceremoniosos con las gentes del pueblo, y nosotros hemos tenido que imitarlos para hacernos respetar. Toda allocucion dirigida á los inferiores termina con este saludo: *¡Id y temblad!* fórmula que va acompañada de gestos enérgicos, que hacen bajar hasta la tierra las frentes. Los palos ó bastonazos son aquí de muy frecuente uso: la policía los aplica para dispersar la multitud, y es menester aplicarlos tambien algunas veces con los trabajadores que se emplean. Los operarios de los cuerpos de Estado, se suelen dar por ofendidos (y no sin razon por cierto) cesan de trabajar y se alejan refunfuñando: *Quas-Tsen (Diablo)*, injuria dirigida ordinariamente á los europeos, sin que llegue nunca el rencor á la venganza; y los espectadores, gozando siempre que ven castigar á alguno, los persiguen con sus cuchufletas y carcajadas.

Difícilmente se entra en relaciones con la gente del pueblo, que mas nos muestran temor que deferencia. Hace poco uno de nuestros intérpretes se perdió en los alrededores de Pekin y preguntó repetidamente á un pasajero sin poder obtener contestacion ninguna. Irritado con su silencio lo persiguió á caballo hasta que el dicho cayó en tierra faltó de aliento. Ya en su poder volvió á preguntarle; pero en vano: le era imposible hacerse comprender del chino. Por fin y á fuerza de repeticiones y espresivas señas, pudo conseguir una que lo pusiera en camino.

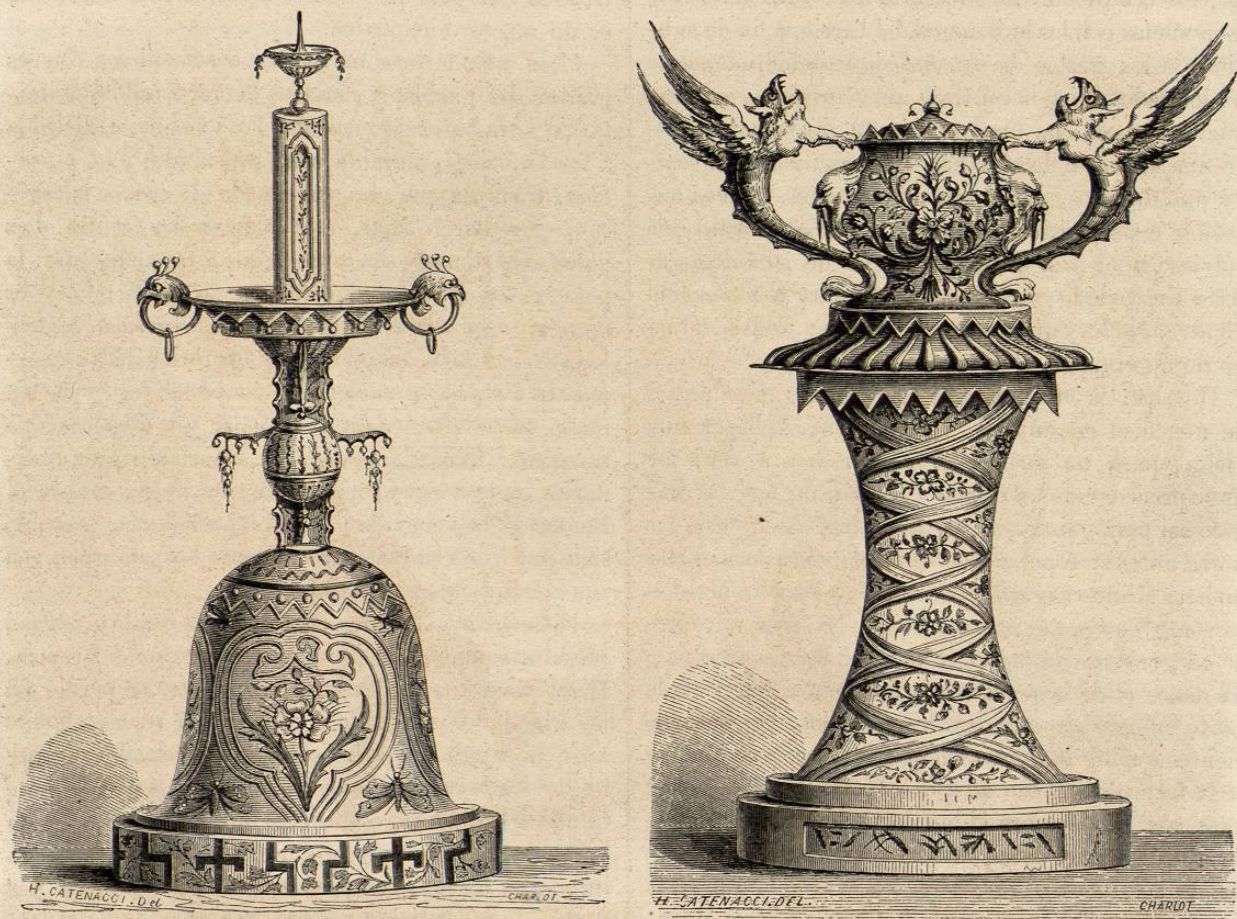
Un chino no puede creer que un europeo sea capaz de hablar su lengua: aun antes que abra uno la boca y adivinando la intencion, le cortan la palabra con su eterno *no comprendo*, y se salva poniendo pies en polvorosa, ó si esto no le es posible, repitiendo con temor ciertas frases que consagra su política como: *¿Donde vais? ¿Cuántos años teneis? ¿Cómo os llamais?* Y así quiere hacer creer que no comprende. Júzguese, pues, si es fácil comunicarse con tales gentes.

He contraído, sin embargo, amistad hace algun tiempo con el indígena *Hen-ki*, miembro del Consejo de Negocios Estranjeros, que me demuestra confianza y procura intimar conmigo. Convidélo un dia á comer, y ya en la mesa, prescindiendo de ceremonias, gracias á las repetidas libaciones de champaña



y marrasquino, me confesó indicándome la caja del precioso reloj de oro que acababa de comprar, que sabíamos fabricar en Europa cosas admirables, que el cubierto era más cómodo que los palillos, que el café valía cuando menos tanto como el té, etc., etc., opiniones atrevidas en un mandarin de alto rango. Finalmente y antes de partir, me hizo el favor de dar á su secretario privado orden de cantar alguna cosa. Este último, que durante toda la comida había per-

manecido detrás de su señor, aprobando con entusiastas exclamaciones cuantas palabras pronunciaba, se puso á entonar una especie de canto llano, más propio para adormecerme, que para regocijarme. Hen-ki, sobre manera complacido llevaba el compás con el pie y lo acompañaba punteando el bandolín. El cortesano chino tuvo á bien luego pagar con otro igual mi obsequio, y yo acepté el ofrecimiento con la mayor curiosidad.



Pebetero y candelero de bronce esmaltado.

La mañana del día convenido, una carta de Hen-ki, exornada de flores dibujadas, vino á recordarme mi promesa, y en su virtud fui con el intérprete á su palacio, situado en el recinto de la ciudad amarilla. El mandarin salió á recibirnos á la entrada y asíndome de la mano, me condujo por el templo de los antepasados al comedor, linda pieza octógona, cuyos cuarterones esculpidos contenían bellas pinturas en papel y en vidrio. Cuatro grandes baules incrustados de mosaico y de marfil y cubiertos de objetos de laca, cristal de roca y porcelana, guarnecían los cuatro ángulos: la mesa redonda y muy elevada ocupaba el centro de la sala, y una multitud de jarrones lle-

nos de flores de todas clases, daban al comedor el aspecto de una esposición de horticulura.

Hen-ki, haciéndonos pasar por delante de él, me invitó á tomar asiento y se sentó luego en frente de mí, quedando entre los dos el intérprete. En este momento resonó en el patio un espantoso ruido: era el gong, que herido á mazo por una criada, anunciaba que los ilustres señores se sentaban á la mesa. Tres criados permanecían de pie detrás de nosotros, dispuestos á servirnos á la menor indicación, mientras el mayordomo iba trayendo los platos. Observé que el comedor estaba pavimentado con baldosas de piedra de diferentes colores formando una especie de mosái-

co; ninguna estera protegía los pies contra tan viva sensación de frío: en el invierno se calienta el comedor con pequeñas estufas portátiles, cuyo humo de carbon mineral se condensa en vapores de ácido carbónico de tal modo insostenible, que hay que tener todas las puertas abiertas. Un buen sistema de caloríferos lo que más falta hace en las casas chinas, que reúnen por lo demás elegancia y comodidad. Por fortuna estábamos entonces en junio y hacía mucho calor.

Sirviéronse primeramente los postres, compuestos de manjares refrigerantes, como tajadas de sandía, crema, almíbar de frutas, queso de Mongolia, delgado y duro como tortas de yeso. Después vino el primer servicio, entremeses azucarados y confituras de todas clases á que daba un sabor insoportable la grasa rancia en que estaban impregnadas: dos platos llenos de pepitas de sandía acompañaban estas dulzuras. Hen-ki descortezaba las pepitas con sus grandes uñas y las mascujaba con gestos de satisfac-



Muchachos jugando el volante con los pies.

ción por un lado de la boca, mientras que por el otro aspiraba magestuosamente el humo de su pipa: de tal modo era diferente su expresión, que bien podría decirse que la cara del ilustre mandarin se componía de dos partes extrañas la una á la otra, la que comía y la que fumaba. Por lo demás, las pepitas de estas sandías tienen un gusto agradable que recuerda el de las almendras frescas, y son apetecibles, tanto más, cuanto que se cree que hacen el vino más sabroso. Los criados estaban constantemente ocupados en escanciarnos vinos de todas clases, champaña, ma-

dera, burdeos, vino de arroz y té en tazas tan pequeñas casi como la de los juegos infantiles.

Los vinos de Europa, y especialmente los dos primeros, comienzan á generalizarse en la China, lo mismo que el curasao y el marrasquino. Dícese que la enfermedad que causó la muerte al emperador Hien-Fung en la flor de su edad, fue efecto fatal del abuso que hacía de los licores europeos.

A los entremeses sucedió una profusión de platos: cuatro veces se cubrió la mesa con iguales carnes, pero distintamente aderezadas: aves de todas clases;